

La enfermedad como obra de arte en *La señora Dalloway* y en los escritos autobiográficos de Virginia Woolf

Malena Brenda Ferranti Castellano¹

Estudiante de Letras, Facultad de Filosofía y Humanidades,
 Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

malena.fcastellano@gmail.com

Recibido abril 2023, aprobado junio 2023

Resumen: entendemos que, en la novela *La señora Dalloway* (1925) de Virginia Woolf, el personaje de Clarissa encarna una postura hacia la existencia donde sostiene el impulso de vivir a costa de la presencia irremediable del dolor. El personaje de Septimus, por su parte, se inclina a ceder a la muerte como huida de un mundo incapaz de ser un refugio. La lectura de la obra, a la luz de esta aproximación dual hacia la vida que encarnan dichos personajes y de una selección de diarios y cartas de Woolf, nos permite pensar la idea de enfermedad que se trasluce entre los textos autobiográficos y el texto ficcional. En este trabajo, nos proponemos indagar desde una perspectiva comparada la idea de enfermedad que se traza entre los personajes mencionados de *La señora Dalloway* y la enfermedad que narra Woolf en una selección de textos autobiográficos. A partir de ello, planteamos la hipótesis de que la enfermedad aparece cargada de técnicas estetizantes que la dibujan como una obra de arte en estos escritos.

Palabras clave: Virginia Woolf, enfermedad, belleza, lenguaje, estilo.

Introducción

La señora Dalloway, cuarta novela de Virginia Woolf, sale a la luz en 1925. Hasta ese momento, en la vida de Virginia estaban presentes tanto los episodios de debilidad relacionados al padecimiento de depresión, cambios de humor y crisis nerviosas, como los períodos de bienestar y felicidad vinculados muchas veces con la escritura. Junto a esta inestabilidad, un elemento constante a lo largo del tiempo era la búsqueda de un estilo personal en sus textos. Parafraseando a la autora, luego de *El cuarto de Jacob* (1922), Woolf siente que

¹ Con aval del Lic. Francisco Salaris, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

ha comenzado a descubrir la manera de decir algo con su propia voz. Gran parte de esta voz distintiva está relacionada con el desarrollo de su estilo, donde aparecen técnicas como el monólogo interior o el estilo indirecto libre, que conforman una parte relevante de su narrativa.

En relación con la presencia de la enfermedad en su obra, entendemos que representarla habilita a Woolf a expresar aquello que llama la “confusión de su propio espíritu”; es decir, una indagación o una apertura hacia la exploración de la naturaleza humana. Además de constituir material literario para la novela, la enfermedad también está presente en sus diarios, esta vez como un elemento directamente vinculado con su experiencia vital. Esta vivencia de la enfermedad que padece Woolf atravesará la obra ficcional que abordaremos, de tal manera que permitirá atisbar una dimensión autobiográfica en dicha novela. Al mismo tiempo, la escritura, a la vez que parece ser aquello que traslada a Virginia Woolf hacia un estado más cercano a la dicha, también admite la oportunidad de reconstruir la vivencia de la enfermedad con una amplia fuerza expresiva o una densidad que facilita el lenguaje.

A propósito de *La señora Dalloway*, en sus apuntes Woolf anota rápidamente: “quiero explorar la locura y el suicidio. O mejor: una comparación de cómo lo ve una persona cuerda y cómo lo ve un loco” (Woolf, 2021, p. 174). Más adelante afirma: “me planteo escribir sobre los personajes como si fueran paisajes. Evitar como sea la personalidad” (2021, p. 177). En este sentido, nos proponemos explorar cómo Woolf –no solamente en su novela sino incluso también en ciertos fragmentos de sus diarios– combina ambos elementos, la enfermedad y la literatura, de tal forma que dibuja a la primera con cierta utilización del lenguaje que termina por construir un estilo particular. En un primer apartado, exploraremos la representación de la enfermedad que Woolf desarrolla en sus diarios y, en un segundo momento, veremos cómo aparece en *La señora Dalloway*. Nos concentraremos, para ello, en los personajes de Septimus y de Clarissa.

Las técnicas estetizantes en la enfermedad de los diarios

En los diarios de Woolf, la expresión escrita de su propio malestar está impregnada, en determinadas ocasiones, de la utilización de recursos literarios como la metáfora. En junio de 1929, escribe: “me he sumergido en el gran lago de la melancolía. ¡Señor! ¡Qué profundo es! Sólo puedo mantenerme a flote del agua trabajando ... Cuando dejo de trabajar me deslizo a lo más profundo” (Woolf, 1953, como se citó en Forrester, 1988, p. 123). A partir de

la lectura del texto “Virginia Woolf: el vicio absurdo” de 1973, escrito por la crítica francesa Viviane Forrester, y del estudio “El simbolismo del agua en las novelas *Al Faro* y *Las olas* de Virginia Woolf” de Gabriela Ughi², podemos decir que esta selección léxica vinculada con el agua en Woolf es un procedimiento corriente y que está relacionado con el fin de generar correspondencias entre el estado de la conciencia enferma y la experiencia en los espacios de agua. Las sensaciones en estos dos elementos de la metáfora son de profundidad, oscuridad, incomunicabilidad y, fundamentalmente, potencialidad de muerte. En otro fragmento, la cama (lugar donde reposa siempre la enfermedad) ingresa a este mismo espacio metafórico: en la entrada del 23 de septiembre de 1925, leemos “porque aún sigo siendo anfibia, ahora en cama, ahora levantada; y en parte para saciar mi picazón de escribir” (Woolf, 2003, p. 111). Además, el momento de escritura es, nuevamente, aquello que la desplaza hacia la superficie.

La descripción del dolor de Woolf, entonces, no se agota en la captación de lo inmediatamente visible; es decir, la expresión de la vivencia de la enfermedad no se limita a la enumeración de síntomas, a construir una representación del sufrimiento que es solamente cansancio, desánimo, irritación o cambio de temperamento. Lejos de aquello, el trabajo con juegos del lenguaje expande la experimentación de la enfermedad hacia otros espacios como el agua. Así, la enfermedad ya no es simplemente un estado de malestar del organismo, como tampoco el agua es tan solo una sustancia química: en la pluma de Woolf, ambos se funden de tal forma que la enfermedad transcurre como una vivencia con dimensiones poéticas. El malestar, del mismo modo, aparece como una sucesión de imágenes de sumersión, ahogamiento, caída en lo profundo, en un abismo o en la oscuridad.

En el ensayo *De la enfermedad* (1926), Woolf plantea que, durante la enfermedad, la experiencia del mundo del enfermo cambia. En dicho estado, la razón y el juicio dejan de ser dominantes, como podrían serlo en el hombre sano. Para el enfermo, la observación de los objetos y las circunstancias de la realidad revelan matices particulares. Woolf ejemplifica esta operación: en la enfermedad, mirar las flores ya no es solamente verlas como un elemento de la naturaleza, sino que su contemplación lleva al enfermo, y también al poeta, a percibir la pertenencia de los hombres a un mundo donde la muerte es inevitable y, por lo tanto, donde la experiencia de la vida se vuelve incomprensible. Entendemos que, con una operación similar, las imágenes del agua y las características físicas de este elemento abren en Woolf una manera de contemplar y de escribir la enfermedad; el malestar le permite, a

² Profesora de la Universidad Nacional de Mar del Plata

su vez, percibir este carácter simbólico del agua. Woolf encuentra en el agua “lo que está más allá de su significado superficial”, deduce de ella “lo demás ... que el poeta ha esparcido en su página para evocar un estado de ánimo que ni las palabras pueden expresar ni la razón discernir” (Woolf, 2014, pp. 46-47). Este estado de percepción que abre la enfermedad empuja al enfermo, como lo es Woolf, hacia la poesía.

Las técnicas estetizantes en la enfermedad de *La señora Dalloway*

La señora Dalloway (1925) es una novela donde Woolf explora la enfermedad ligada a la locura en el personaje de Septimus, veterano de guerra. Ya en sus diarios, la autora declara su intención de representar en el texto la manera en la que alguien enfermo y alguien sano observan el mundo. Entendemos que, a lo largo de la obra, la enfermedad de Septimus adquiere caracterización y profundidad, no solamente a través del contraste con el personaje de Clarissa sino, también, a partir de las técnicas de narración que Woolf emplea y que otorgan a la representación del malestar un carácter estético, en tanto que detrás de ella operan procedimientos estilísticos como el despliegue del monólogo interior, el fluir de la conciencia o el estilo indirecto libre. De hecho, el viernes 17 de octubre de 1924, en relación con *La señora Dalloway*, Woolf escribe “en este libro practico el arte de escribir; ejercito mis escalas; sí, y hasta me propongo ciertos efectos” (Woolf, 1954, p. 71).

La técnica del monólogo interior le permite al narrador sumergirse en primera persona en la interioridad de los personajes, explorar su imaginación, sus recuerdos, emociones, sensaciones e intuiciones, mientras que el estilo indirecto libre implica (con el uso de un narrador en tercera persona) que el punto de vista narrativo se concentre en el interior de la mente del personaje a la vez que narra lo que le sucede. En *La señora Dalloway*, ambas técnicas se mezclan de tal manera que la expresión de las íntimas experiencias emocionales de los personajes adquiere gran profundidad. Al mismo tiempo, entendemos que este procedimiento es la respuesta de la autora a negarse a lo que ella entiende como la personalidad, es decir, la caracterización reducida a la descripción de elementos superficiales, como rasgos físicos.

En el caso del personaje de Septimus, es la sumersión en su intimidad afectada por el estado de locura lo que permite representar la percepción de la realidad del enfermo; es decir, hundirse en su interioridad y desplegar desde ella una descripción de lo observado a través del narrador, a la vez que se caracteriza el funcionamiento de la enfermedad en el personaje. En un fragmento de la novela, a partir de estas técnicas, leemos las impresiones de

Septimus enfermo en relación con el mundo exterior: en este caso, la plaza donde están sentados él y su esposa. La narración nos permite considerar un matiz de su locura: el hecho de que el malestar le genera a Septimus una sensibilidad ante lo que él admira como belleza. Cuando el personaje cree estar recibiendo señales (evidencia de la enfermedad), se conmueve y se estremece como si estuviese frente a una obra de arte. En este punto, la narración describe la percepción de Septimus que lo lleva a conmoverse: “la excitación de ver los olmos elevándose y cayendo, elevándose y cayendo con todas sus hojas iluminadas y el color adelgazando y engrosando del azul al verde de una ola vacía, como penachos de cabezas de caballos” (Woolf, 2012, p. 26). A las técnicas narrativas se les suma el estilo de lenguaje sensorial que recuerda a una imagen impresionista, donde la percepción de los colores y la luz se revela como una apreciación subjetiva del medio externo. Siguiendo nuevamente las ideas expuestas por Woolf en el ensayo *De la enfermedad*, entendemos que es a partir de su estado de locura que Septimus revela en su interior la experiencia del mundo con impresiones cercanas al arte pictórico (como hemos visto) y a la poesía lírica, si tenemos en cuenta que un rasgo propio de esta es “la subjetividad, ya que el poeta nos hace partícipes de su interioridad, de su visión personal de la realidad” (Ughi, s.f., p. 3).

La enfermedad de Septimus adquiere mayor densidad y caracterización al complementarse y contrastar con el personaje de Clarissa. Entendemos que es posible relacionar y cotejar la interioridad de ambos y, por lo tanto, sus percepciones de la realidad, a través de la técnica del *fluir* de la conciencia que el estilo indirecto libre permite. El 30 de agosto de 1923, fecha comprendida dentro del periodo de escritura de *La señora Dalloway*, Woolf anota en su diario: “excavo hermosas cavernas detrás de mis caracteres; con ello creo lograr exactamente lo que quiero; humanidad, ingenio, profundidad. El objetivo es que las cavernas tendrán que comunicarse” (Woolf, 1954, p. 64). La narración se traslada, como el *fluir* de una corriente de agua, de una conciencia a otra, de tal manera que se logra una caracterización profunda de los personajes; esta se funda, principalmente, en la exploración de sus ideas, sentimientos o percepciones interiores. En relación con el personaje de Clarissa, Woolf declara en sus diarios que busca matizarlo a partir de la percepción que tienen otros personajes de ella; percepción a la que se accede mediante las técnicas narrativas que hemos descrito anteriormente. Entendemos que sucede de manera similar con la densidad del personaje de Septimus, que, al ubicarse junto al de Clarissa, adquiere espesor en su interioridad y viceversa. Todo esto contribuye, nuevamente, al objetivo de Woolf de negarse a la caracterización superficial de la personalidad, para

inclinarse hacia la construcción de los personajes desde su estilo particular y otorgarles, así, además de humanidad y hondura, un carácter estético.

En las primeras páginas de la novela, Lucrezia, esposa de Septimus, sentada junto a él en un parque, recuerda una recomendación del médico: debía hacer que Septimus se interesara por las cosas externas a él. Entendemos que la enfermedad mental de Septimus tiene su base en el impedimento de sentir el dolor por la guerra y la muerte de Evans, su compañero en el frente; imposibilidad que lo induce a casarse con Lucrezia más por impulso que por voluntad. El hecho de no poder sentir tiene sus raíces, además, en los modos de vivir de su entorno, caracterizados por la compostura, la dureza, la impasibilidad, el aceptar fría y racionalmente la muerte en la guerra. Los médicos que atienden a Septimus afirman que nada le sucede, o bien que la solución a su problema sería entregarse a los placeres vacíos de la vida burguesa. Quien se abandona a estos entretenimientos y preocupaciones burgueses, por otro lado, es Clarissa. Su día gira en torno de la preparación de la fiesta y de mantener las relaciones con otros señores y señoras. Sin embargo, detrás de esta inercia, en Clarissa hay una sensación de vacío que la emparenta con Septimus. A sus 50 años, ella vive el presente, pero al mismo tiempo se escapa de él y se traslada a su juventud, a los recuerdos del pasado que despiertan sus arrepentimientos y la pregunta sobre el sentido de sus decisiones, de su matrimonio y de cómo ha construido su vida. La vejez, la soledad, el paso del tiempo y la pregunta por su identidad emergen inevitablemente en Clarissa a lo largo del día. Como reacción a esta angustia, la fiesta es una manera de recuperar la vitalidad en el flujo de lo cotidiano y otorgarle a la vida el sentido de su continuidad.

La vida es intolerable tanto para Clarissa como para Septimus y ambos sienten miedo ante ella. Sin embargo, la conclusión de los dos difiere. Septimus encuentra la respuesta al *no poder sentir*, que lo lleva a la angustia, al dolor y al sufrimiento, en su propia muerte; para Clarissa, la fiesta funciona como una ofrenda, todo lo que ella puede ofrecer ante la existencia que es, en su perspectiva, un desperdicio, una pena. Al reflexionar sobre cómo se deja llevar, cómo se arrastra por la corriente del proceso de vivir, Clarissa evoca un fragmento de Shakespeare: “no temas más el calor del sol”. El calor del sol es una de las sensaciones que Septimus nota cuando, en cierto momento sentado en la plaza, siente recuperar en sí mismo la vida. Sin embargo, es un instante breve que seguidamente es reemplazado por el miedo. Antes de suicidarse, el narrador extrae de la interioridad de Septimus que “no quería morir. La vida era buena. El sol caliente” (Woolf, 2012, p. 152); a pesar de ello, para Septimus la vida es inaguantable. De esta manera, entendemos

que, gracias a las técnicas narrativas como el fluir de la conciencia –que nos traslada desde la intimidad de un personaje hacia la de otro–, el sufrimiento de Septimus adquiere una mayor cantidad de matices. La enfermedad mental no solamente proviene del trauma de la guerra, sino que también es el resultado de no poder adaptarse a vivir en un mundo terrible y en una existencia sufriente, de no ser capaz de dejarse arrastrar por la cotidianidad para sobrevivir como sí lo hace Clarissa, aunque el peso del pasado, de los arrepentimientos y de la incertidumbre siga ocupando lugar en ella, al igual que lo hace en ciertos personajes que asisten a la ofrenda que es la fiesta.

Conclusión

En abril de 1925, Woolf escribe: “extraño que, con toda mi vanidad, no haya depositado hasta ahora gran fe en mis novelas, ni las haya considerado como expresión de mí misma” (1954, p. 77). Es posible rastrear las correspondencias entre su propio malestar y el que pone en palabras en *La señora Dalloway*. La oscilación entre la vida y la muerte que representan Clarissa y Septimus es la misma que Woolf expresa en sus diarios en relación con ella misma; incluso admite que la escritura de los episodios de locura en la novela es complicada de afrontar. Las imágenes relacionadas con el agua y la sumersión –metáforas que envolverán a la autora hasta el punto de concederles un alcance material, cuando se sumerge en el río en 1941– están presentes en la novela. Por ejemplo, mientras está con Lucrezia, Septimus contempla el suicidio al encontrarse a la orilla de un río.

Si en los diarios y en la novela coincide el esbozo de una enfermedad con características similares que, podemos indicar, está relacionada con las filtraciones autobiográficas que presenta *La señora Dalloway*, un elemento que también converge en ambos textos es la belleza. Ya sea con la utilización de recursos poéticos o con el desarrollo de técnicas narrativas de estilo, la enfermedad se despliega con una escritura y un lenguaje que estilizan su aparición.

Referencias

- Forrester, V. (1988). *Virginia Woolf: el vicio absurdo*. Editorial Ultramar.
- Ughi, G. (s.f.). “El simbolismo del agua en las novelas *Al Faro* y *Las olas de Virginia Woolf*”. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Woolf, V. (1954). *Diario de una escritora*. Editorial Sur.



Woolf, V. (2003). *Diario de una escritora*. Editorial Fuentetaja.

Woolf, V. (2012). *La señora Dalloway*. Editorial Losada.

Woolf, V. (2014). *De la enfermedad*. Editorial Centellas.